

El gobierno de la vida

Pájaro sin vuelo

Luis Mateo Díez
Alfaguara. Madrid, 2011
276 páginas. 18,50 euros

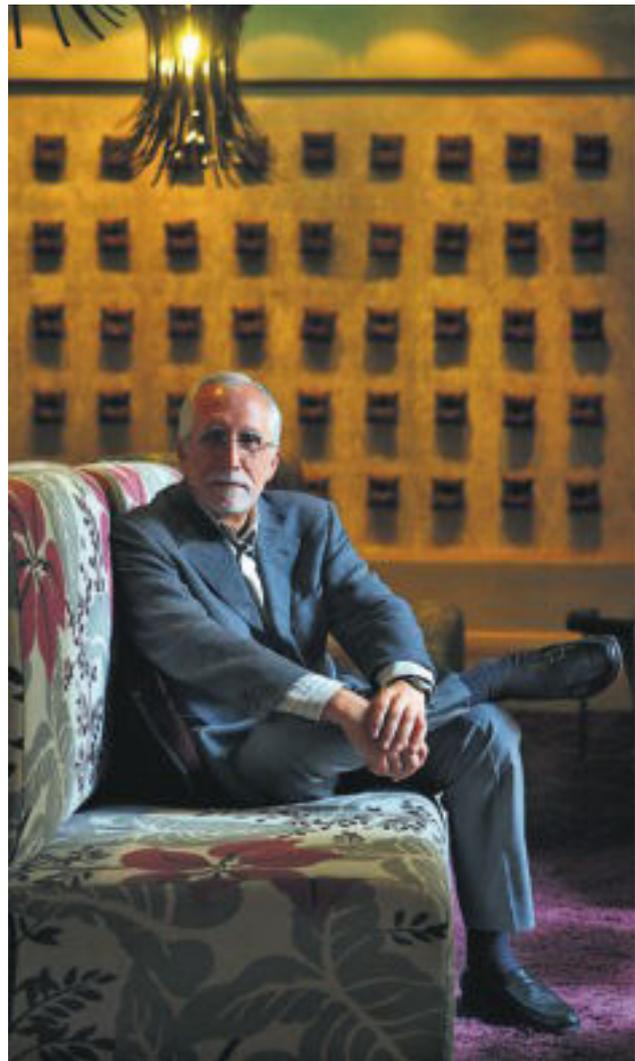
Por Ana Rodríguez Fischer

NARRATIVA. NO SUELE SER la intriga el elemento que destaca y domina en el mundo narrativo de Luis Mateo Díez. Es más, en muchos de sus libros ese ingrediente queda reducido a una dimensión mínima —la justa y necesaria para sustentar el andamiaje de la obra y alentar sus movimientos—, bien porque la intriga no es en exceso aventurera ni llamativa y enseguida, tras haber cumplido su

otro de los elementos más característicos de su mundo narrativo: el desplazamiento, que puede resolverse en un viaje corto o limitarse a la errabundia y el merodeo, como sucede ahora, restringiendo notablemente el escenario, tanto en lo que se refiere a los espacios como a los tipos menudos que entran en estos o allí se encuentran, ya que esta novela es la crónica de los mínimos movimientos cotidianos que jalonan la vida de Ismael Cieza, un “pájaro sin vuelo” que ese día habrá de afrontar dos noticias o revelaciones que acentuarán “la extrema soledad de su desasimiento, el abandono o la mutilación de haberse quedado fuera y sin nadie”. El autor maneja un humor compasivo y benévolo al tratar de la condición de este hombre pusilánime, abúlico, medroso, indeciso, mesurado, perdido, “estreñido y extrañado”, e incapaz de gobernar una vida, la suya, que se le representa como un avatar donde él se siente ir a la deriva, liado siempre por la urgencia de responder a estímulos o mandatos que le imponen desde fuera, y al que lo único que le queda es “esta supervivencia de quien se las va apañando con paños calientes”. La indagación en los repliegues íntimos de este hombre común y corriente, y la mella que en él produce su resignación culpable —la progresiva conciencia de que tal actitud no puede ya justificarse a base de convicciones morales— introduce un conflicto existencial del que “el mal del cuerpo” viene a ser una especie de correlato objetivo y su manifestación más cómica y prosaica, del mismo modo que las vicisitudes del personaje se expresan y proyectan mediante los bichos que se le aparecen.

En *Pájaro sin vuelo*, a la crónica o el relato puntual de esa jornada, narrada en tercera persona, se le agregan e intercalan la rememoración de sucesos, experiencias y ensoñaciones, vertidas a veces a partir de un moderado monólogo interior, más las confidencias y relaciones de otros personajes que inciden en el acontecer de esa jornada, así como los diálogos (muchos, fragmentados; otros, en tiradas más amplias) que en su conjunto pautan una pluralidad de registros (y de puntos de vista) que concuerdan bien con esta itinerancia, un tanto sorprendente e imprevisible, de la novela.

Y hay algo más, que constituye otro buen acicate para el lector atento porque, si no me equivoco, en *Pájaro sin vuelo* Luis Mateo Díez “dialoga” con el Ulises joyceano en lo que esta novela tiene de relato trivial y descolorido de un día sin acontecimientos notables en la vida de un bastante inútil agente de anuncios, con su parte de epopeya burlesca y de absurdo, con su síntesis de atmósfera naturalista y de simbolismo, integrando la introspección en el paisaje exterior, y con el guiño recurrente a escenas tan emblemáticas como la visita al burdel o el infrarrealismo de los bajos fondos, la presencia de hijos sin padre y las fantasías psíquicas. Y lo hace desde el humor y la reducción al universo provinciano. •

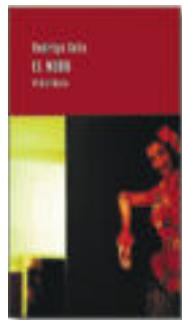


Luis Mateo Díez (Villablino, León, 1942). Foto: Uly Martín

función, deja casi de percibirse, pasando a un segundo plano una vez que le ha servido al autor para levantar un mundo en el que de inmediato queda atrapado el lector, que transita por esos territorios sin otra brújula o guía más que el singular clima o atmósfera en el que se le sumerge junto con la visión o presencia de los personajes que empiezan a desfilar por las páginas. Y es la peculiaridad de los mundos evocados y de las vidas que laten en ellos, con sus conflictos siempre de índole humana, lo que imprime a las novelas de Luis Mateo Díez una particular intensidad, arrumbadora de los lances, que aun por estafalarios y sorprendentes que en ocasiones sean el lector percibe como sucesos casi naturales, de tan acordes como resultan con respecto al mundo que los desencadena o al que nos remiten.

Y así sucede en gran medida en *Pájaro sin vuelo*, donde el autor leonés nos traslada a su personal territorio de Celama, a la ciudad de Doza, donde transcurrirá un día crucial en la vida de Ismael Cieza, un agente de seguros de mediana edad, que tras separarse de su mujer lleva ya seis meses viviendo solo y que padece “el mal del cuerpo”, la denominación eufemística con que el personaje se refiere a su estreñimiento, crónico y hereditario.

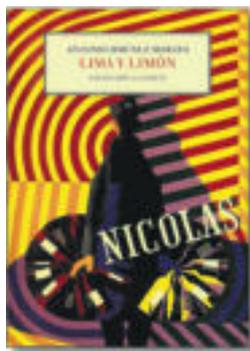
Hasta cierto punto, Luis Mateo Díez también trabaja en su nueva novela con



El nudo

Rodrigo Soto
Periférica. Cáceres, 2011
198 páginas. 17,50 euros

NARRATIVA. TRES ADOLESCENTES acampan en la playa, beben cerveza, pescan, caminan por el desierto litoral. En una de sus idas y venidas, descubren paquetes del tamaño de una mano que la marea ha depositado en la arena. Ese encuentro fortuito con la cocaína cambia sus vidas, tuerce los planes, los arroja por derroteros muy distintos de los convencionales que soñaban o intuían para sí mismos, gente de clase media con acceso a buena educación que además, merced a amistades femeninas, parecían acceder a una red de contactos en un escalón social superior. Décadas más tarde vuelven a encontrarse una mañana, en la víspera del cambio de milenio, en una escena que Soto narra con técnica cinematográfica en la apertura de la novela: el narrador, como si se tratara de una cámara, se enfoca en un personaje, luego sigue a otro que se cruzó con él, de la mano de este desemboca en un tercero y así sucesivamente, para luego volver atrás, en vueltas y revueltas, a ese paseo a la playa y a cómo esas vidas adocenadas se asomaron al vacío, al peligro, a la decadencia. La novela sigue las vidas de Luis, Jaime y Johnny tanto como las de Norma y Sonia, quienes, por amores y cercanías, también vieron cómo sus vidas podían sufrir cambios totalmente imprevistos. Soto, nacido en Costa Rica en 1962, estuvo presente en antologías como *McOndo* y *Líneas aéreas*. Periférica editó *Gina* en 2006, una excelente novela sobre las mujeres y sus espacios en la América Latina contemporánea. Ahora, con *El nudo*, Soto ilumina otro paisaje, aquel arrasado por el paso ciclónico del tráfico de drogas; pero de manera elusiva, sin sociología de por medio, sólo a través de esas vidas que en un momento crucial se dan de bruces con lo imprevisto. **Rodrigo Pinto**

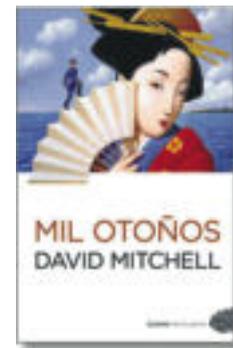


Lima y limón

Antonio Jiménez Morato
Junta de Extremadura. Mérida, 2011
73 páginas. 7 euros

NARRATIVA. “BENDITO SEA el año, el mes, el día / el tiempo, la estación, la hora, el instante, / el rincón y el lugar en donde ante / sus ojos fue prendida el alma mía”, decía Petrarca en un soneto. De aplicarse a esta primera novela breve de Antonio Jiménez Morato (Madrid, 1976), las bendiciones serían para una noche madrileña en la terraza de una casa, mientras alrededor de una joven con mulletas y del narrador bullen la música y los invitados a una fiesta. La historia de amor que nos cuenta una voz masculina sin nombre —tampoco lo tiene su amada— posee esa cualidad esencial que se le presupone a cualquier historia de amor que se precie: la de conmovir. Venus es así. No necesita nombres para encandilar a los lectores, o le basta con mencionar el del perro de la *donna* —llamado Nacho— para que el anonimato de

las personas se transforme en un indicio lleno de significado, porque nos recuerda el peso del amor por encima de detalles anecdóticos. El narrador aquí podría llamarse Romeo, Eneas o Píramo, y su amada Julieta, Dido o Tisbe; los dos son Nadie. Como en cualquier discurso amoroso también en éste hay contratiempos, y quizás sea ésta la parte más desconcertante de un relato en donde las razones del desamor, de tan sutiles, se adentran en el territorio de lo difuso. En todo caso, Jiménez Morato ha acertado en el tema y ha manejado sus recursos con brillante destreza. Ahí está la narración de los hechos por parte de una voz modesta y amable que a medida que recuerda va saltando en el tiempo con constantes anticipaciones y retrospectivas, haciendo fácil y sencillo lo difícil y complejo; y ahí está también la feliz descripción de ese microuniverso de gentil autosuficiencia que une a dos personas enamoradas. **Fernando Castanedo**



Mil otoños

David Mitchell
Traducción de Víctor V. Úbeda
Duomo. Barcelona, 2011
640 páginas. 23,80 euros

NARRATIVA. EN LA CONFERENCIA *Credo de poeta*, al mencionar el género novelístico, Borges dijo irónicamente que “el material de relleno puede ser una parte esencial de la novela”. En la primera parte de *Mil otoños* alguien declara: “No es de buenas intenciones de lo que está empedrado el camino del infierno; es de justificaciones de los propios actos”. Esta novela reúne con prolija desventura mucho material de relleno y justificaciones por todas partes. Parece que el proyecto así lo requería. Se trataba de levantar, con la máxima meticulosidad —para no desperdiciar los espaciosos años dedicados a la documentación— una topografía, con su relieve histórico, de las maniobras, irremediablemente corruptas, de un consorcio comercial holandés, al comienzo del siglo XIX, en Deshima, una isla artificial de la bahía de Nagasaki. La comunidad holandesa no establecerá sólo vínculos comerciales con el país de enclave, sino una maraña de relaciones dominadas por la diferencia moral, la ambigüedad de las costumbres y la necesidad y el equívoco de entenderse en un idioma común. Todo ello con incursiones en la medicina, ya que Orito, hija de un prestigioso médico japonés, es una hermosa comadrona de la que se enamorará el impávido Jacob de Zoet, llegado a Japón por un periodo de cinco años para auditar el consorcio. Su historia de amor con Orito se complicará cuando la joven desaparece y las relaciones con los nativos se hacen muy conflictivas al producirse, entre otros percances, el secuestro de unos funcionarios holandeses, lo que obligará a un alarde de diplomacia comercial para evitar una guerra. No cabe dudar de que estos elementos, bien dosificados, y expuestos con una prosa acaso evocativa, podrían haber propiciado una narración con algún grado de fascinación. Pero todo está aquí demasiado atemperado. El británico David Mitchell (Southport, 1969) despliega un deslavazado panorama —ciertamente minucioso, aunque también trivial— con escenas que se encadenan sin ningún régimen de intensidad o equilibrio, pegándose unas a otras en una abusiva concatenación cuyo propósito no termina de aflorar. Por lo demás, la prosa de Mitchell tampoco acierta a dotarse de un tono, con excepción de algunos párrafos reflexivos, que proporcionen unidad al conjunto. Y pese a los elogios con que ha venido aureolada *Mil otoños*, su lectura ni es compulsiva ni reinventa (*sic*) el género de la novela histórica. **Francisco Solano**